

El miedo creado

Carlos Taibo

En su libro *Auschwitz, ¿comienza el siglo XXI?*, Carl Amery viene a sugerirnos que estaríamos muy equivocados si concluyésemos que las políticas abrazadas por Hitler remiten a un momento histórico coyuntural y por ello literalmente irreplicable. Antes bien, nos invita a prestar atención puntillosa a esas políticas, toda vez que pueden reaparecer, no defendidas ahora por marginales grupos neonazis, sino alentadas, muy al contrario, por algunos de los principales centros de poder.

Parece razonable sostener que cuando Amery formula esa sugerencia está pensando, antes que nada, en la formidable capacidad que el nacionalsocialismo demostró a la hora de amedrentar a los propios ciudadanos alemanes y transmutarlos en seres entregados a la más estricta e irracional obediencia. Estamos hablando, si así se quiere, de un miedo artificialmente creado. Georg Simmel situó el miedo "entre las fuerzas psicológicas que mantienen políticamente unidos a los hombres y que, desde un punto central

dominante, transforman un territorio geográfico en un espacio político". Sigmund Freud, por su parte, adujo que, al crecer el miedo, el individuo se convierte en un niño "incapaz de prescindir de la protección contra poderes superiores y desconocidos, a los que presta los rasgos de la figura paterna". El resultado ha sido, a menudo, la creación de nuevas instituciones que, para apaciguar el miedo, apuntan a una franca militarización de la vida colectiva. No sin paradoja, esas instituciones recién creadas, e incontroladas, han acabado por generar nuevas situaciones de terror y de alarma.

Parece demostrado, de cualquier modo, que en momentos de guerra o de conmoción civil, y en períodos de decadencia, la presión de los movimientos contestatarios se topa con una pulsión general en provecho de respuestas autoritarias. Parece claro hoy, sin ir más lejos, que una sociedad como la norteamericana ha experimentado en los últimos años un sinfín de temores. Una encuesta realizada en 2006 concluía que un

74% de los estadounidenses percibía como amenaza grave a la seguridad el terrorismo internacional, un 69% hacía lo propio con la proliferación nuclear, un 59% con los suministros de energía y un 51% con la inmigración. Sobran las razones para concluir que artificiales e interesadas estrategias encaminadas a identificar nuevos miedos y enemigos han dado los resultados apetecidos. Por detrás despunta siempre una reivindicación de la sumisión y de la servidumbre voluntaria, en virtud de una propuesta que emplaza ante una opción delicada: si queréis conservar los privilegios de los que disfrutáis, tendréis que callar y pasar por el aro. Sabido es que el éxito de la fórmula correspondiente mucho ha tenido que ver, en tantos casos, con los efectos de las direcciones carismáticas; a los ojos de muchos alemanes, Hitler se presentaba como un dirigente puro al que no podía atribuirse maldad alguna.

Zygmunt Bauman ha tenido el coraje de subrayar que los sistemas

que padecemos --los que son ya una realidad-- configuran una formidable maquinaria de producción de indiferencia moral y, de forma más general, de deslegitimación de los preceptos morales. A esos sistemas no es ajeno tampoco un procedimiento que invita a aprovechar la desgracia ajena para mejorar la posición propia, como ocurrió con muchos de quienes en principio eran testigos, sin más, de lo que ocurría con los judíos en la Alemania nazi. En repetidas ocasiones, y en un terreno más benigno pero igual de ilustrativo en lo que hace a las miserias de la condición humana, ha podido demostrarse, de forma llamativa, que la satisfacción de muchos trabajadores resulta ser tanto más elevada cuando el salario de sus iguales es menor. No son éstos problemas menores a la hora de calibrar lo que se nos viene encima.

Este texto forma parte del libro *Capitalismo, crisis, barbarie. Una defensa del decrecimiento* (en prensa).

Carlos Taibo es profesor de Ciencia Política en la Universidad Autónoma de Madrid